## Capítulo 1

—¡Hola, amor mío! ¿Qué tal te ha ido hoy en el Banco?

—¡Hola, Tony! ¡Qué ganas tenía de que llegaras! Llevo ya una hora pendiente de la lucecita del chat. En cuanto que he visto que se ha puesto en verde, casi me da un vuelco el ❤.

—Venga, Noa, no me puedo creer que estés siempre pendiente de ese círculo. Además, ya sabes que cuando se recibe un mensaje suena una campanilla. 

—Sé lo de la campanilla, Tony. Pero la impaciencia me puede… Y lo del corazón va en serio.

—Jajá, no será para tanto. Seguro que te has pasado la tarde pintando, y ni siquiera te has acordado de mí. 

—Me he pasado la tarde pintando sí, pero ya no soy capaz de hacer nada original. Sólo disfruto copiando tus dibujos, fíjate.

—¿Te has enamorado de mí?

—Ya sabes que sí, amor mío. Estoy loca por ti, ya lo sabes. 

—Lo sé, Noa. Lo sé. Yo también estoy loco por ti.

—Bueno, y, ¿a ti qué tal te ha ido hoy en el restaurante?

—Pues como siempre. Mejor dicho, mejor que siempre. O peor, según se mire.

—A ver, explícate…

—Hay mucho público. Desde que se permiten usar los interiores no damos abasto. Además, ahora con el buen tiempo la gente sale a cenar, y al no encontrar sitio en la terraza, pues muchos prefieren quedarse dentro del local.

—Entonces no creo que te echen… por el momento. ¿No?

—Desde luego. Mi jefe está haciendo caja. Está compensando las pérdidas de este invierno. Ya sabes, cuando el Gobierno ordenó cerrar la hostelería para evitar los contagios.

—Pero, ¿en serio que no dais abasto? Si tenéis más público tendría que contratar a más gente, ¿no?

—Tendría, tú lo has dicho. Pero no lo hará.

—¿Por qué?

—Ay, Noa, eso es más que obvio, ¿no te parece? Esto no es el Banco de España, donde se contrata a la gente incluso antes de que aumente el trabajo.

—Claro, es que como yo no he trabajado en otro sitio... Aquí ocurre como tú dices, eso es.

—Pues eso. Mi jefe no meterá a nadie a no ser que se le escapen clientes hacia el restaurante de enfrente. Y aun así ya veríamos.

—Es un rata, ¿no es cierto? 

—Rata, pero rata, rata… —Oye Noa… perdóname que antes te dijera eso. 

—¿El qué?

—Te he tratado como si fueras tonta, amor mío. Estoy leyendo lo que he puesto, y de verdad que lo siento. Lo siento mucho. 

—Pues, no sé a qué te refieres, Tony.

—Bueno, mejor así. No veas lo mal que me estaba sintiendo.

—De todas formas, ya está escrito. Mañana me descargaré el chat de la forma que me enseñaste y lo volveré a leer. Te tengo pillado, ya lo ves.

—Me tienes pillado de muchas maneras, amor mío.

En ese momento el marcador sólo ponía «en línea», y no «escribiendo», y él dijo:

—Oye, no dices nada. ¿Estabas buscando el mensaje?

—No, tonto, estaba simplemente pensando en ti.

—¿Pensando en mí? No me conoces, Noa, no sabes cómo soy, no sabes el aspecto que tengo, ni siquiera sabes cómo suena mi voz.

—Créeme que me encantaría saberlo, Tony. 

—Eso tiene fácil arreglo, Noa.

—Ya, pero no quiero que te lleves una decepción conmigo, amor mío.

—A mí me pasaba lo mismo al principio, vida mía, pero ya no aguanto más. Estoy completamente enamorado de ti y créeme que ya me da igual. Me da igual que veas como soy, me da igual ver quién eres. Sólo ansío tocarte, sentirte, abrazarte, besarte...

—¿Es lo que más deseas en el mundo, Tony?

—Ya sabes que sí. ¿Y tú?

—Yo estoy deseando que me toques, que me sientas que me abraces, que me beses…

—Pues, ¿entonces?

—Desde que te conocí, Tony, vivo en un sueño. Antes, mi vida era oscura, triste, monótona, aburrida, era una desesperación, continua y constante. Pero desde que apareciste, mi vida gris se transformó en azul. Azul como el cielo, y con un sol en el zenit que eres tú, amor mío. Eres el sol que ilumina mi vida y que calienta mi cuerpo. La brisa fresca que me conforta en verano, el murmullo que despierta mi corazón todas las mañanas, Tony.

—Oh, amor mío, tú eres también todo eso para mí… y mucho más. Eres el aliento que se insufla en mis pulmones para que pueda vivir, la sangre que recorre mis venas para proporcionar el necesario alimento a mis células, el perfume y la fragancia que me acompaña en cada minuto de mi existencia, el elixir que nutre y vivifica todo mi cuerpo…

—¡Oh, Tony! ¡Voy a llorar!  

—No llores, amor mío ¡No llores! Sólo quiero que sigas deseando tocarme, abrazarme, sentirme, besarme…

—Lo deseo con toda mi alma, vida mía. ¡Lo deseo! Pero temo que si nos vemos, que si lo intentamos, que si consumamos nuestro amor, llegue la noche. Temo despertarme de este sueño tan maravilloso en el que estoy inmersa desde que tú apareciste, cielo mío, vida mía, tesoro mío.

—No te comprendo, Noa. ¿Cómo puede ser posible eso que dices? ¿Cómo puede ser posible que una criatura tan maravillosa como tú llegue a sufrir eso?

—Puede ser Tony. ¡Es lo que más temo en el mundo!... Además, yo te conozco perfectamente, mi vida. Te conocí a través de tus dibujos, y ahí descubrí que eres un chico sensible, inteligente, pasional, cariñoso, fecundo. Y las conversaciones que hemos tenido en todos estos meses me han confirmado todo eso, punto por punto.

—Te quiero mucho, Noa.

—Yo también te quiero, Tony.

—Yo también te conozco muy bien amor mío, y sé que eres mi alma gemela. Los mismos adjetivos que me has prodigado son los que te definen a ti, vida mía. Aunque yo añadiría otro.

—¿Cuál?

—Preciosa. Tan preciosa como preciosos son tus cuadros, tus paisajes, tus retratos. Son más artísticos que los míos, sin lugar a dudas. Los que te definen de forma natural. No puede ser de otra manera, amor mío. ¡No puede ser! Preciosa. Eso es lo que eres.

—¡Oh, Tony! Yo no me considero así. No sabes cómo soy en realidad…

—Yo estoy seguro de que eres así, Noa. Porque así es tu alma, vida mía, un alma cándida, pura, amable, gentil, sublime, maravillosa…

—¡Oh Tony!

—Maravillosa, amor mío, así eres tú, aunque tu aspecto sea diferente, que no lo creo. Porque la belleza de las personas está en el interior, que es de donde salen los sentimientos, es decir, del corazón. ¡Del corazón! ❤ ¿Acaso no lo sabes, amor mío?

—Lo sé perfectamente, Tony, porque así eres tú.

—No me conoces, Noa. La gente en estos chats se muestra de una manera, y luego pueden ser de otra.

—Tú no eres así, Tony.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición femenina.

—Puedo ser muy buen actor, y engañar a esa intuición.

—No lo creo.

—Estoy deseando romper nuestro pacto, Noa.

—xq?

—¿No habíamos quedado en que no íbamos a usar abreviaturas? Destruyen la belleza del lenguaje.

—Perdona, Tony. Ya ves. Yo también estoy rompiendo pactos.

—Rompamos los demás, Noa.

—Esos pactos nos han dado muchas satisfacciones, ¿recuerdas? Quedamos en no hablar de la edad ni del aspecto físico. Tú mismo lo estableciste así, Tony. No fue cosa mía.

—Ya lo sé amor mío, pero el deseo me consume, vida mía. ¡Me consume!

—Temo que se rompa la magia, Tony.

—Eso es imposible, Noa.

—Tengo miedo. 

—No tienes nada que temer si estás conmigo. Conmigo estarás completa, igual que lo estaré yo.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Hasta mañana, amor mío.

—Hasta mañana vida mía. Esperaré con ansiedad tu llamada.

—Hasta mañana. Descansa. Mañana te espera un día duro en el Banco.

Y la luz verde que indicaba que él estaba «en línea» se volvió gris. Noa miró el reloj de la esquina inferior derecha de la pantalla: eran casi las dos de la madrugada, y esa noche apenas dormiría 4 horas.

Desde que se acercaba el final del plazo para el canje de las pesetas por euros, las visitas del público a la sede central del Banco de España habían aumentado exponencialmente. Ya las hubo a finales de 2020, y se tuvieron que prorrogar seis meses más por motivos de la Pandemia. Pero según se terminaba el plazo, Noa dejó de usar la pausa de veinticinco minutos a media mañana para chatear con él, y sólo les quedaba la noche para hacerlo.

«Una pena el no coincidir en los horarios», pensó. Pero ella llegaba a casa más allá de las cuatro, justo la hora en la que Tony entraba a trabajar. Él tenía horario de tarde, y libraba solo los lunes. Por tanto, entre semana solo podían conectar en ese momento, además de los sábados y los domingos por la mañana. Dedicaban esos días a ver juntos una película, comentar algún libro que habían leído, o simplemente a dibujar. Él conectaba su tableta gráfica al ordenador y dibujaba retransmitiendo lo que hacía mediante un servicio de *streaming*. Y ella contemplaba gustosa cómo iniciaba o completaba un cuadro o un dibujo, comentando con él cada trazo, cada línea, cada color utilizado.

Porque, aparte de esos momentos, él no podía permitirse el lujo de tomar el móvil y disfrutar con su compañía en horas de trabajo: su jefe no se lo consentiría. «Era mejor con el toque de queda», se dijo, aquellos días en los que el Gobierno imponía una hora de cierre. Tony llegaba a casa a horas más razonables, y podían charlar un rato. Aun así, ella no podía pasar sin su ratito diario de conversación, y los días que no lo había podido hacer se había tenido que conformar con repasar las conversaciones de los días anteriores, o visionar los vídeos que él colgaba de aquellas sesiones conjuntas. Algo que ya hacía por las tardes, a pesar de todo, cuando pensaba en él.

Porque en realidad ella pensaba en él a todas horas, y se le imaginaba de mil maneras diferentes. Se entretenía por las tardes pasando las horas muertas visionando los dibujos que él hacía, así como pintando cuadros, con el único objetivo de comentarlos con él. Algo que también hacía Tony por las mañanas, antes de entrar a trabajar al restaurante.

La única pega es que él había vuelto a insistir en verse, y ese pensamiento le estremeció. Tarde o temprano tendría que ocurrir, y entonces…

## Capítulo 2

—Hola amor mío, subía la escalera y mi corazón latía, latía ❤fuerte❤. El ordenador tardaba en encenderse y estuve apuntó de enloquecer.

—¡Oh, Tony!

—¡Cuéntame! ¿Qué tal hoy? ¿Era el último día del canje de pesetas por euros, no es así? 

—Así es, amor mío. Ha sido francamente extenuante.

—Pobre. Los españoles lo dejamos todo para última hora, ya lo sabes.

—Ya te digo. Han tenido 19 años para hacerlo, desde que se implantó el euro, y lo tienen que hacer justo el último día en que se termina el plazo. Tenías que ver cómo venía la gente, Tony. ¡Traían maletas repletas de monedas y billetes! Pensaban que se llevarían una fortuna a cambio, y sólo recibían unos pocos euros…

—Y encima ayer dormiste poco. Tenías que haberte acostado pronto, amor mío. 

—¿Y renunciar a hablar contigo? Ni de broma.

—Lo que hacemos no es hablar, Noa.

—Es chatear, ya lo sé. Pero para mí lo es todo.

—Podría ser algo más, si tú quisieras.

—Ya lo sé, Tony.

—Seguro que tienes que tener una voz preciosa. Tan preciosa como eres tú, Noa. Y muy femenina, estoy seguro.

—La tuya seguro que también es muy bonita. Varonil, sensible, como eres tú, Tony.

—Las apariencias engañan.

—No, en serio, la voz de las personas se corresponde con lo que son en realidad. Es algo que he desarrollado desde que estoy contigo.

—¿Qué es lo que has desarrollado?

—Pues la manía de escuchar con atención a mis compañeros, cuando hablan.

—Creo que te entiendo.

—Me fijo en cómo entonan, en cómo modulan, cada giro en una palabra, cada sílaba que dicen… de esa forma compagino su forma de hablar con su personalidad, y de verdad te digo que he aprendido a identificarles, Tony.

—¿Serías capaz de identificarles, aunque cambiaran el tono?

—Yo creo que sí. El tono puede variar con el tamaño de una persona. Las personas más «grandes» lo tienen más grave, y la gente más pequeña tienen un tono más agudo. Pero eso es indiferente. Lo importante es la modulación, el ritmo, la cadencia…

—No sabía que habías estudiado música, Noa. 

—No lo he hecho, Tony. Pero creo que se me daría bien. Sobre todo, después de este «estudio» que he realizado últimamente.

—Lo has hecho para saber cómo es mi voz, ¿verdad?

—Así es, amor mío. No puedo saber cómo eres en el mundo físico, aunque te conozco perfectamente en el mundo espiritual.

—¡Ah!, Noa, eso es muy fácil. Sabiendo cómo eres tú ya sabes cómo soy yo. Somos la misma cosa, la misma persona, la misma esencia, el mismo espíritu, el mismo y único amor.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Te quiero, amor mío.

—644 60 37 53.

—No lo haré, Tony. No estoy preparada.

—Sí lo estás, Noa. Te dejo por hoy, que sé que estás muy cansada. Mañana me llamarás… ¿O prefieres que lo haga yo? ¿Prefieres quizás que usemos el chat de voz de esta aplicación?

—No sonaría bien. Prefiero el teléfono.  De esa manera apreciaré los matices de tu voz, amor mío.

—O sea, que estás decidida…

—No lo estoy, vida mía. Si descubres mi voz sabrás más de mí, y me da miedo.  Mucho miedo.

—No voy a saber más de ti de lo que ya sé, que es todo lo que necesito saber.

—Al principio de nuestra relación quedamos en que sólo nos íbamos a desnudar en los pensamientos y en los sentimientos, y nuestros dibujos hablarían por los dos.

—Quiero oír cómo tu voz comenta mis dibujos, Noa. Y yo haré lo propio con los tuyos.

—No sé si quiero hacerlo, Tony.

—¿Qué es lo que temes? ¿Qué me ocultas, Noa? ¿Eres tartamuda?

—Eso forma parte de nuestra apariencia. Decirte eso sería romper el pacto, Tony.

—Si fueras tartamuda te querría todavía más, amor mío.

—¿Por pena?

—No lo sé. Nunca he conocido a nadie así. Serías única, una vez más. Ya lo eres en todos los sentidos para mí, y de esa forma lo serás también, en ese sentido.

—Te quiero mucho, Tony. 

—Y yo a ti también Noa. ❤ ❤ ❤

—Mañana seguiremos, mi vida.

—Mañana me conectaré, pero no iniciaré la conversación. Cuando veas la luz verde, llámame.

—No sé si me gustará la experiencia, amor mío.

—Estoy seguro de ello, Noa. Estoy seguro de que nos va a gustar mucho, a los dos.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

## Capítulo 3

Estaba francamente cansada, pero le costó conciliar el sueño. Llevaba casi una hora dando vueltas en la cama, pensando lo que le iba a decir mañana a «su novio», cuando por fin se durmió. El despertador sonó como siempre, a las seis de la mañana, y se levantó aturdida, desorientada, como si se acabara de dormir y ese insensato aparato electrónico le arrancara bruscamente de los brazos de Morfeo. Y lo peor es que quizás el cansancio, o los nervios, podrían hacer que su voz fuera distinta y entonces él podría llevarse una mala impresión.

«Todas las voces suenan distintas por teléfono», pensó. Uno puede haber escuchado millones de veces a alguien en persona, y no reconocerlo la primera vez que lo oye por teléfono. O al revés. Uno mismo no se reconoce cuando se oye en una grabación.

Se duchó y se tomó el café, se secó el pelo, y salió de su casa de Alpedrete en dirección a la estación para tomar el tren que le llevaba a Recoletos. La falta de sueño le estaba pasando factura, y salió un poco más tarde de lo habitual.

Pero el tren no esperaba, y si no se montaba en el de las siete menos cuarto llegaría tarde al Banco. El próximo pasaba media hora después, y a las ocho y cuarto ya ficharía fuera de hora. En el Banco de España eran muy estrictos con los horarios, y acumular tres retrasos en un mes significaba un apercibimiento. Y ese día era 1 de julio, y no quería comenzar ya con semejante lastre para todo ese período, pues eso le obligaría a madrugar durante todo el mes para evitar acumular los retrasos. Tendría que tomar en lo sucesivo y para evitar eso, el tren de las seis y cuarto, y eso significaría dormir media hora menos, todos los días, si quería seguir hablando con Tony.

Pero tuvo suerte y llegó a tiempo. Eso sí, tuvo que acelerar el paso, y entró sudando en el tren. La Comunidad de Madrid estaba sufriendo una ola de calor, y a pesar de ser tan temprano, la caminata le sofocó.

Y el tren llevaba el aire acondicionado a tope, y después de una hora de trayecto comenzó a sentir un ligero dolor en la garganta. Lo que le faltaba: aparecer ronca en su «primera cita» hablada.

Cuando llegó a la oficina se puso una rebeca que tenía guardada en el cajón, y que utilizaba cuando sus compañeros masculinos se ponían demasiado pesados y querían subir el aire acondicionado. Se la puso nada más llegar, aunque en ese momento no tenía frío ni habían llegado todavía sus colegas de mayor exigencia térmica. Pero no quería correr riesgos.

Cuando llegó la pausa de veinticinco minutos que usaban para «el desayuno», pensó en chatear con Tony, como hacían antes de la avalancha del canje, pero prefirió irse a la farmacia de la plaza del Rey para comprarse unas pastillas chupadas para suavizar la garganta. Creía recordar que tenían lidocaína, una sustancia antiséptica que mata los gérmenes, además de miel y limón.

Salió a la calle a las diez y media, y se encontró con un cambio de temperatura brutal. Ya comenzaba a hacer calor, calor de verdad en la calle, y la diferencia con el interior refrigerado del Patio de Operaciones era abismal.

Compró las pastillas, y en el límite del tiempo se tomó un café caliente en la cafetería que tenía el Banco. Lo apuró rápidamente, casi quemándose la lengua, y a continuación se tomó uno de los comprimidos que había adquirido.

Pasó la jornada como pudo, entre los nervios, el cansancio, el sueño, y la preocupación por la garganta, y antes de salir preguntó a sus compañeras si notaban algo en su voz y le dijeron que no, para su tranquilidad. Pero ella seguía notando ese puntito en la garganta, que le molestaba al tragar.

Durante el trayecto de regreso en el tren, pensó en contactar con él para decirle que se aplazara el encuentro auditivo hasta otro día en el que se encontrara mejor. Chatear en esos momentos había sido algo habitual en otras ocasiones. Tony entraba a trabajar a las cuatro, pero para aprovechar esos momentos con su novia, se marchaba una hora antes y se quedaba en un parque cercano al restaurante. Allí llegaba sobre las tres, y estaban una hora conversando hasta que daban las cuatro, momento en que ella llegaba a Alpedrete y él comenzaba su faena. Pero lo habían dejado de hacer porque ella comenzó a salir tarde a finales de junio por el asunto del canje.

Ese asunto ya había terminado, pero no habían hablado nada de llamarse durante el trayecto del tren. Él podría haber salido ya de su casa, pues el restaurante estaba en la otra punta de Jaén, al otro lado de la ciudad en la que vivía. Estaba segura de que ese detalle no se le habría pasado por alto, pero no se arriesgó a contactar. No fuera que quisiera iniciar la conversación durante el trayecto ferroviario, y eso sí que no lo iba a hacer. No estaba todavía preparada, y, además, los trenes de Cercanías no tenían la insonorización que tenían los de Media y Larga Distancia, y al pasar por determinados sitios el ruido era ensordecedor. Solo faltaba que encima pareciera que tenía problemas auditivos, además de «ser tartamuda».

Esa ocurrencia le hizo sonreír, y se preguntó por qué se le habría ocurrido a Tony decirle una cosa semejante. A veces tenía un sentido del humor que le fascinaba. Una de las muchas cosas que le encantaban de él, que eran una enormidad.

Cuando llegó a casa, después de comer comenzó a hacer «pruebas de sonido» con su teléfono, grabando mensajes de audio que enviaba a un grupo de mensajería electrónica del que sólo formaba parte ella. Su voz le sonaba chirriante, temblorosa, nerviosa… «horrorosa», pensó, con desagrado. Pero no tenía otra, e intentar cambiarla o modularla de alguna manera a esas alturas sería una tarea titánica que no estaba dispuesta a hacer.

Al final pensó que lo mejor sería relajarse y ser ella misma, entre otras cosas porque no le quedaba otra cosa más plausible. Afortunadamente, el dolor de garganta casi había desaparecido y apenas lo notaba ya. Su voz no sufriría ningún cambio debido a eso.

Intentó echarse una siesta, pero fue incapaz de dormir. Pensó en tomarse un *Lexatin*, pero finalmente se abstuvo de ello, y pasó la tarde como siempre; es decir, repasando los chats de los días anteriores, los vídeos de los dibujos de Tony, y contemplando los cuadros que él había colgado en su página de la red social que usaban con más frecuencia.

Cenó a la hora acostumbrada, y sobre las diez de la noche por fin le venció en sueño y se quedó algo traspuesta en el sofá.

De repente, se despertó con un sobresalto. No sabía qué hora era, y esta vez no iba a sonar ninguna campanilla, según habían quedado. Otras noches le había ocurrido lo mismo, y esa señal significaba que él ya estaba en línea y le acababa de enviar un mensaje. Pero esa noche habían acordado que ella debería llamarle al ver la lucecita verde.

Tocó la pantalla del móvil, y vio la hora. Era solo la una de la madrugada y el estaría cerrando el restaurante para irse hacia su casa. En algo más de media hora estaría «en verde».

Entonces respiró profundamente y se tranquilizó. El sueño le había reconfortado, y pasó al baño a lavarse algo la cara, tras disponerse a tomar otra de aquellas pastillas para la garganta. Ya apenas sentía ese puntito molesto, pero se la tomó por si conseguía hacerlo desaparecer del todo. También se peinó y se maquilló, como si la llamada fuera a ser en video. Se rio de sí misma por tener esa actitud, pero la ocasión lo merecía, desde luego. Cuando terminó, se sentó frente al ordenador, que permanecía en la página del chat desde hacía horas, y se sentó a esperar que la lucecita se pusiera en verde.

## Capítulo 4

Por fin, a la hora acostumbrada, la luz adquirió el color de la esperanza. Tony ya estaba «en línea», pero ella prefirió esperar. Quizás con un poco de suerte él le enviaba un mensaje y renunciaba a que le llamara.

Pasaron cinco minutos, y no apareció ningún mensaje. Entonces tomó su móvil y comenzó a marcar el número que él le dio el día anterior, y que ya se sabía de memoria de tantas veces como lo había visto.

A falta de completar el último número, miró de nuevo al chat, y no había variación. Él estaba esperando su llamada. Entonces pulsó el último dígito, y miró hacia el icono con el auricular verde que implicaba comenzar la llamada. El dedo índice de su mano derecha temblaba como la hoja de un árbol, sin atreverse a pulsarlo. Porque en el momento en el que lo hiciera, él ya sabría cuál era su número de teléfono y ya no habría marcha atrás. Aunque pulsara el icono rojo a continuación, la llamada se quedaría registrada en su terminal y a buen seguro que él la llamaría enseguida.

«Alea jacta est» se dijo, y sin pensarlo más pulsó el botón verde, conteniendo la respiración.

Tras un único tono de llamada, se oyó un ligero «clic», y entonces supo que él había pulsado el mismo botón verde en su terminal, en su casa de Jaén. Pero él no decía nada.

Esperó unos segundos, y él seguía sin hablar. Noa estaba temblando más que nunca.

—Hola amor mío. Pensé que no ibas a llamar —dijo, por fin.

—Hola Tony.

—Dímelo otra vez, por favor.

Ella calló durante unos instantes, como saboreando las pocas palabras que le había oído decir. No esperaba ese tono de voz. No sabía por qué, pero había pensado que tenía otro tipo de timbre.

—¿Por qué no decías nada? —replicó ella.

—¡Ah…! Noa… Tienes una voz preciosa… ¡Lo sabía!

—Mi voz es muy normal, Tony. No es mejor ni peor que la de cualquier otra chica —contestó, a la defensiva.

—Tu voz es como el canto de un pájaro en un bosque en primavera, amor mío. Un sonido maravilloso. Y, perdóname por estar callado, mi vida. No quería romper el hechizo. Tú estabas allí, y yo estaba aquí, y parecía que estábamos juntos. Aún no te había oído, pero sabía que estabas ahí y estaba saboreando el momento. Si no hubieras dicho ninguna palabra, creo que me hubiera conformado con eso. Te lo digo de verdad, amor mío.

Esas palabras derrumbaron todas sus barreras defensivas, y ella se derritió cayendo en sus brazos.

—Si lo llego a saber, no digo nada, mi vida. Yo también me hubiera conformado con eso, sinceramente. Quizás con sentir tu respiración, para saber que seguías ahí, ya hubiera sido suficiente.

—Así lo haremos otras veces, Noa, si no te importa, pero ahora no quiero que te calles, mi vida, quiero oír el trino de tu voz, pues ahora mismo soy el hombre más feliz que hay sobre la faz de la tierra.

—¡Oh, Tony!

—¿Qué te ha parecido mi voz, vida mía?

—No me la esperaba así, mi cielo.

—¿Te la esperabas más grave? ¿Quizás más aguda?

—No lo sé… me ha resultado diferente a lo que me esperaba. No sabría decirte si más grave o más aguda. Es como si tuviéramos el color rojo, el de gama básica con una saturación del cincuenta por ciento. Es diferente del verde básico con la misma saturación, pero ninguno es más claro o más oscuro que el otro.

—Muy bien usada la metáfora, Noa. Me ha quedado muy clara tu apreciación. Si te soy sincero, a mí me ha pasado lo mismo con tu voz.

—¿No me has dicho que era como un trino de pájaro?

—Claro, mi vida, pero hay muchos tipos de aves, y aunque todas trinan de forma parecida, de forma que siempre se puede inferir que son pájaros, si te fijas, o aunque no lo hagas, los trinos son diferentes. Sin que uno sea mejor o peor, o más agudo o más grave.

—Es verdad, Tony, siempre me das una lección en todo.

—Perdóname, mi vida. Otra vez te he tratado mal, y me siento fatal… Y encima en nuestra primera cita telefónica.

—Nada que perdonar amor mío. No me has tratado mal. ¿Por qué dices eso?

—Te he tratado con algo de prepotencia… me parece a mí.

—Es la emoción, Tony. Yo estaba a la defensiva, y tú estabas enardecido. Eres más pasional que yo, a pesar de todo. Yo también te tengo que pedir perdón, por haberme mostrado tan fría al principio.

—¿Tú fría, amor mío? Yo no he notado nada de eso…

—Yo creo que sí, Tony. Tenía que estar saltando de alegría por haber oído tu voz, y no ha sido así.

—No te preocupes por eso, vida mía. ¡No te preocupes! Seguro que estabas un poco desconcertada porque no te esperabas que mi voz fuera de esa manera. Te has llevado una decepción, creo yo.

—No, no es exactamente una decepción. Es como… si esperaras una comida que te apetece mucho en un restaurante, y en su lugar te traen otra. Otra que también te gusta. Te sorprendes, pero nada más.

—Entonces, ¿te gusta?

—Yo creo que sí, Tony. Bueno, no lo creo, lo afirmo. Y veo que sigues conservando aún tu acento madrileño, a pesar de que ya llevas tiempo viviendo en Jaén.

—¿Lo dices porque pronuncio muchas «eses» como «jotas»?

—Sí, quizás sea por eso. Lo mismo que me pasa a mí. Los madrileños lo hacemos sin darnos cuenta, pero yo tengo compañeras que son de otras provincias y me lo dicen. Y desde entonces me fijo, y es verdad.

—Bueno, pues me alegro de que te guste.

—Fíjate, llevamos muy poco tiempo hablando y ya me he acostumbrado a tu voz. Ahora me sorprendería si fuera otra.

—Supongo que pasa lo mismo con los actores de doblaje. ¿No te ha pasado a ti nunca, amor mío?

—¿A qué te refieres?

—Pues cuando te has acostumbrado a oír a un determinado actor, con una determinada voz. De repente le oyes en versión original y te llevas una decepción. ¿No te ha pasado nunca?

—¡Oh, sí! Aunque lo nuestro no es exactamente una decepción.

—No, claro, yo me refería a lo de los actores de doblaje.

—A mí me ha pasado lo mismo, Tony. En el Banco se necesita saber inglés para poder ascender y he tenido que recurrir a ver las películas en versión original.

—Yo no he tenido esa necesidad, aunque sí que he tenido que recurrir a ver muchos tutoriales en ese idioma para saber manejar los programas de dibujo que utilizo.

 —¡Oh Tony! ¿Crees que podríamos tener una grabación de esta conversación? ¡Cómo me encantaría poderla oír de nuevo otra vez…! Es nuestra primera cita, mi vida, y me gustaría oírla mil veces. Aunque tuviera que vivir mil vidas, si solo pudiera oír esto en todas ellas me daría por satisfecha.

—Hace algunos años que los teléfonos han limitado esa posibilidad, mi vida. Pero yo estoy grabando el sonido aéreo con el micrófono de mi ordenador, y creo que podré conseguir un archivo de audio aceptable, con el programa adecuado, tras hacer un tratamiento del sonido.

—Hazlo, Tony ¡hazlo, por favor! Envíamelo cuanto antes para que amenice mis tardes de soledad.

—Lo haré, mi cielo. Lo haré por las mañanas y te lo enviaré para que lo tengas cuando llegues del Banco. Y así todos los días, lo haré siempre que hablemos.

—Podríamos retomar nuestras conversaciones en el tren, Tony, aunque te advierto que el sonido que te llegará de mí no será del todo bueno.

—No te quepa duda, amor mío. Te llamaré todos los días, desde el parque. Intentaré encontrar la forma de grabar nuestras conversaciones, aunque no tenga el ordenador a mano. Lo averiguaré, y lo haré, vida mía. Sea como sea, lo conseguiré.

—Eres muy tenaz, Tony. En eso tampoco te pareces a mí.

—Somos como el ying y el yang, Noa. Lo que me falta a mí lo tienes tú, y lo que te falta a ti lo tengo yo.

—Somos Uno, Tony.

—Somos Uno, Noa.

A continuación, se hizo un silencio largo. Sólo se oían las respiraciones de ambos, y durante casi diez minutos permanecieron así. Eso sirvió para que los dos, pero sobre todo ella, se tranquilizaran. Parecían dos adolescentes de quince años que tenían su primera cita y sus corazones latían a toda velocidad. Por fin, fue él quien interrumpió:

—Lamento romper este clima de amor y de proximidad, amor mío, pero es posible que estés muy cansada. ¿No es así?

—Sí lo estoy, cielo mío, pero tu proximidad me reconforta.

—Estuve a punto de usar el chat, para no romper el encanto, mi vida, pero desde que hemos ascendido en esta fase de nuestra relación, no sé por qué, me resisto a usarlo.

—Lo usaremos cuando no nos podamos llamar, amor mío.

—¿Te has dado cuenta, cómo no era malo dar este salto?

—Sí, Tony. Tenías razón. Estoy muy contenta.

—Así será con todo, mi vida. Y el próximo salto ya sabes cuál será ¿verdad?

—No sé si alguna vez estaré preparada para darlo, Tony.

—Estoy segura de que lo darás, amor mío. Eso sí, cuando estés preparada. Tenemos toda la vida por delante, mi cielo.

Ella calló ante esa afirmación, y entonces él siguió.

—Si quieres lo dejamos por hoy, y mañana seguimos. Nos podríamos llamar durante tu pausa para el desayuno, o mientras vas en el tren.

—Quiero estar un poco más contigo, mi vida.

—Está bien, pues entonces cuéntame que has hecho esta tarde.

—He estado repasando los vídeos de tus dibujos, y también he pasado mucho tiempo contemplando tus cuadros.

—¿En cuál te has centrado esta tarde?

—He observado con mucho detenimiento «Serenidad». Y también he pasado mucho tiempo contemplando «Placidez».

—Son tus preferidos, ¿no es así?

—Así es, mi vida. Aunque también me gustan mucho los demás, ya lo sabes.

—Oye, ¿por qué no hacemos una cosa? Si te parece, claro. Me has mandado tus comentarios sobre mis cuadros, al igual que yo lo he hecho sobre los tuyos. Pero han sido palabras escritas. ¿Por qué no lo hacemos de forma oral?

—¡Oh, Tony! ¡Es una gran idea! Así se me pasarán más rápidas las horas en las que no estoy contigo… ¡Es fantástico!

—Y además podríamos hacerlo como si fuera la primera vez que los vemos, Noa. Aunque yo me sé casi de memoria lo que te he dicho sobre los tuyos, al hacerlo de viva voz seguro que se me ocurren otras cosas. Cosas que se me vienen a la cabeza y que quizás en lenguaje escrito no me atrevo a ponerlas. Así será más espontáneo, ¿no te parece?

—¡Claro que sí!, amor mío ¡Claro que sí! Así me podré ir hoy a gusto a la cama, y mañana me entretendré en eso durante mis interminables horas de espera.

—Yo haré mañana lo mismo, tras despertarme, y luego te mandaré el archivo de audio. Creo que hoy se abre una nueva etapa en nuestra relación.

—Una etapa maravillosa, Tony.

—Somos Uno, Noa.

—Somos Uno, Tony.

—Adiós mi vida, descansa. Te lo has ganado.

—Adiós, amor mío. Sueña conmigo.

—Como siempre hago, mi cielo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Tony.